

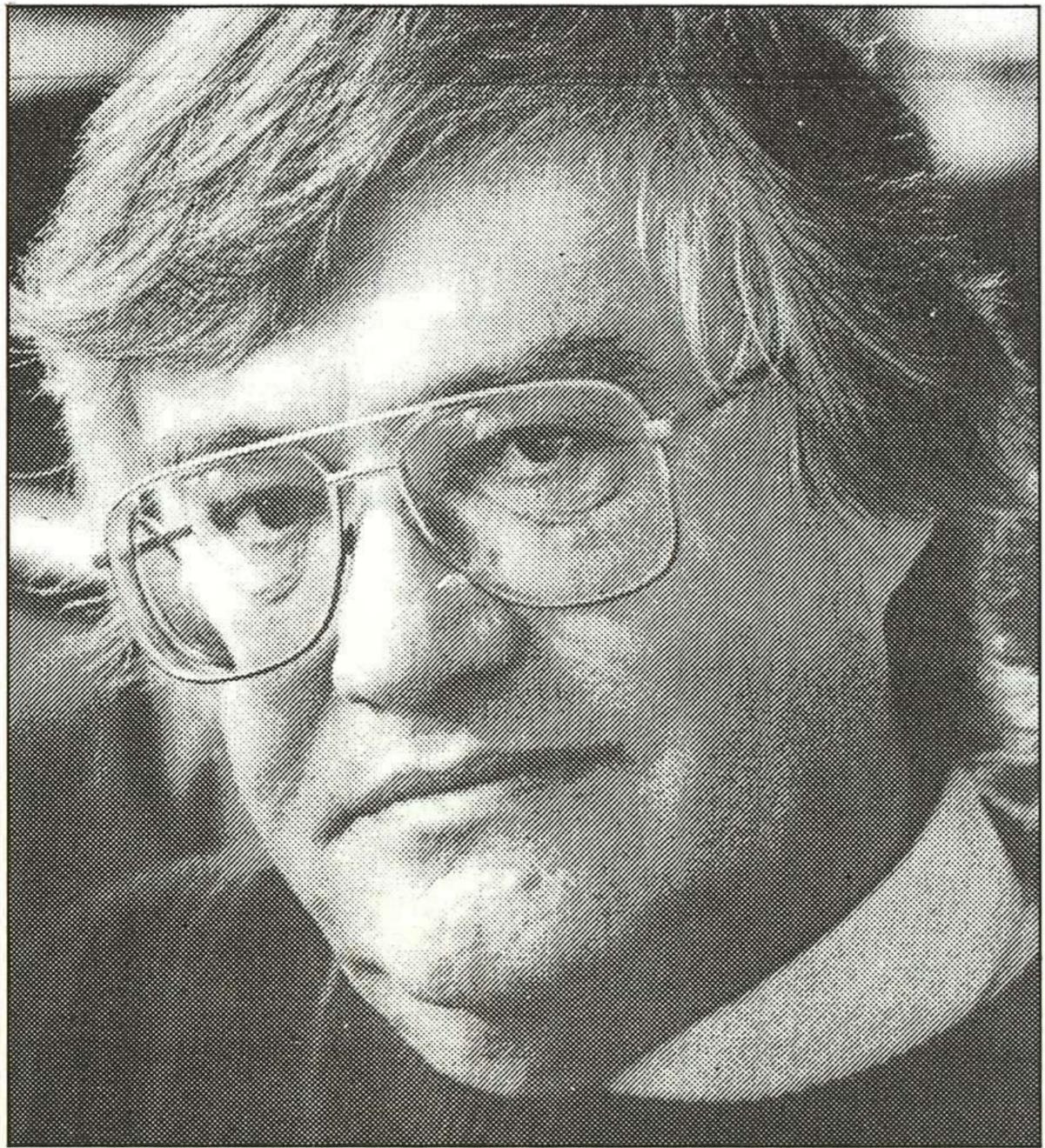
Entrevista con Peter Härtling

por Ana Garralón y
Wiener Dierkes

Podría afirmarse que casi no hay ninguna pregunta que no se le haya hecho ya a Peter Härtling; por eso, cuando nos anunció con una sonrisa en los labios y recordándonos los buenos lectores que tiene en España, que aceptaba nuestra propuesta, la duda surgió inmediatamente: ¿cuál va a ser el criterio para seleccionar las preguntas?

No había publicado ningún libro recientemente —aunque cuando el lector tenga en sus manos estas líneas ya habrá un nuevo título en las librerías alemanas— ni tampoco había recibido un premio, de manera que cualquiera de estos eventos que permiten repasar la obra y figura de un escritor o escritora quedaban al margen.

Revisando lo que se ha escrito sobre él y las entrevistas que se le han hecho, pudimos comprobar cómo este hombre entrado en años y con una envidiable vitalidad había respondido pacientemente a las repetidas preguntas que una y otra vez le formulaban estudiosos —y no tanto— que des-



Nunca había pensado en escribir para niños, eso estaba muy lejos de mí, pero había unos libros que me daban mucha rabia. Me enojaba el desprecio con el que eran tratados los niños

hermoso jardín de su casa una tarde de julio, en su despacho —atestado de libros y papeles, claro está— y con la alegría que, no sólo en Alemania, brinda un día soleado.

Iniciamos nuestra charla con una pregunta obligada (cuya respuesta conocíamos de antemano).

—¿Qué determinó que usted escribiera para niños?

—Los libros que mis hijos leían cuando tenían 7 u 8 años y que, por curiosidad, leí. Nunca había pensado en escribir para niños, eso estaba muy lejos de mí, pero había unos libros que me daban mucha rabia: todos esos libros que tienen lugar en inter-

Entonces pasó algo que hasta hoy no he podido olvidar: cuando empecé a escribir un cuento pensé que no podía hacerlo, y ésa fue mi primera derrota, así que me ocupé de la literatura infantil de una manera más amplia, es decir, escribiendo sobre ella. Esto llamó la atención. Un escri-

tor que antes no tenía nada que ver con libros infantiles, de repente aparece como crítico en la prensa. Un hombre, que ahora es uno de mis amigos íntimos, Hans-Joachim Gelberg me dijo: «¿Por qué no escribe libros infantiles?» Yo le dije que no sabía hacerlo y él se sorprendió, lo encontró

muy curioso y me invitó al acto de la entrega de un premio de literatura juvenil en el año 69, donde hice una ponencia. Y esto fue el comienzo.

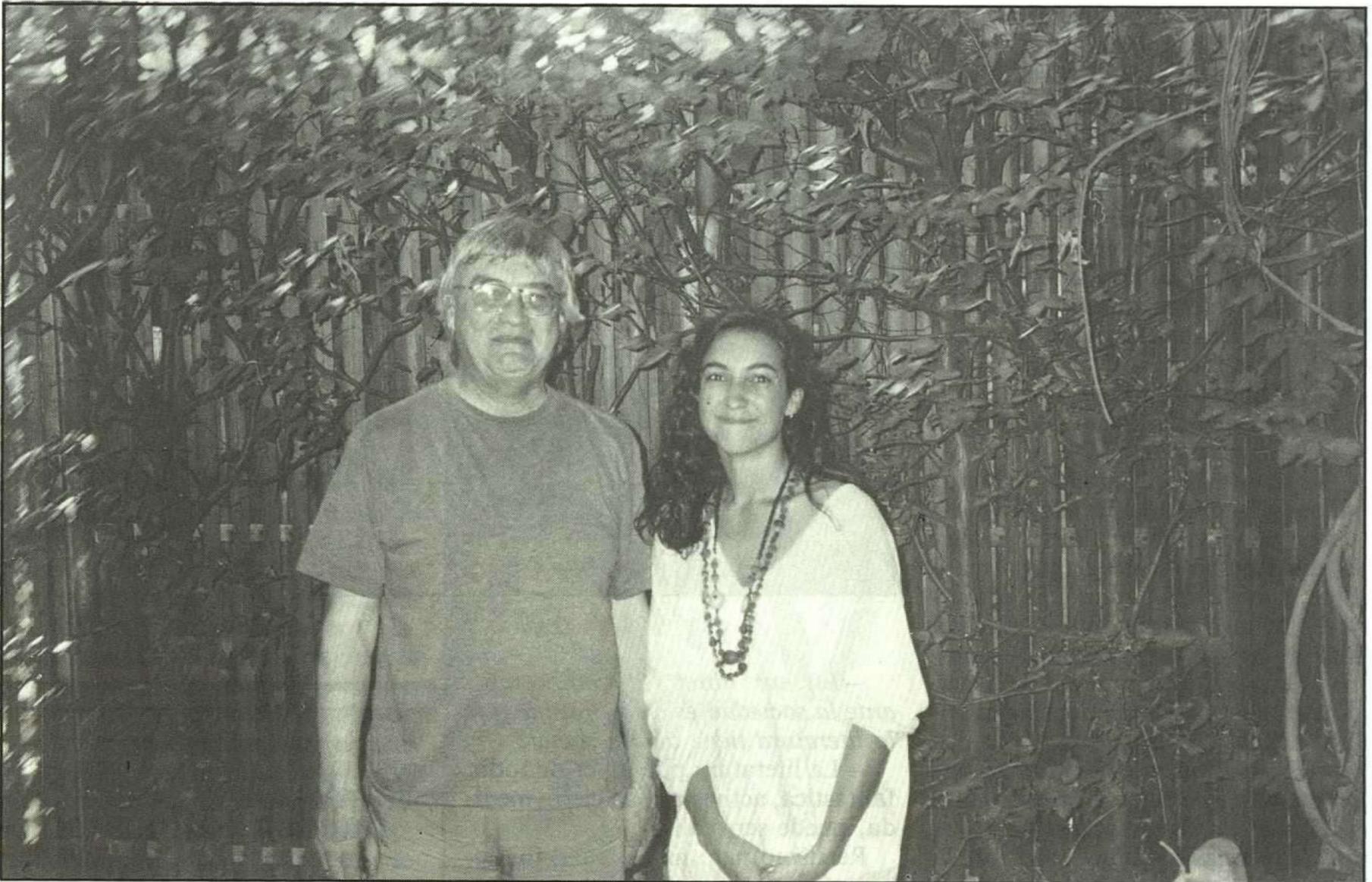
Empecé a tener ideas y me di cuenta de mis limitaciones. Caí en la cuenta de que en las conversaciones con mis hijos nunca había puesto atención a su lenguaje, nunca había percibido su perspectiva, nunca había hablado seriamente con ellos sobre sus problemas. Entonces ocurrió lo siguiente: es una historia muy graciosa. Yo estaba sentado allí (señala su despacho) y estaba tratando de escribir esa ponencia y me propuse como tema «La realidad de los niños». Entonces comprendí que tenía mucho que aprender y, en ese momento vino mi hijo mayor, que por aquel entonces tenía 7 años —hoy tiene más de 30— y me preguntó: «¿Por qué estás regañándote?». Y le dije: «Bueno, sabes que tengo que escribir libros para niños y no se me ocurre nada». Y cuando tuve a ese niño delante de mí le dije: «Bueno, cuéntame lo que has hecho hoy». Y él empezó a contar y no se daba cuenta de que yo apuntaba todo; vinieron sus hermanos menores y también querían contar. Esos textos no los manipulé; los dejé, se los leí a los niños para corregirlos y después dije: «Yo también quiero corregir», surgiendo de esa manera mi primer libro: *El día a día de los niños*.

—¿Cuál fue, de niño, su primer contacto con la literatura?

—Mi primer contacto fue muy desordenado. Empecé muy temprano a leer. Con 9 años leía libros no sólo para niños, como por ejemplo *Leder-Strumpf* (algo así como «Medias de cuero»), sino libros de la biblioteca de mis padres. Iba con mi madre a la biblioteca municipal, donde tomaba libros prestados y leía a Eichendorff. Me acuerdo que leí *Nora*, de Ibsen, una obra de teatro de la que no entendí nada, pero con la cual yo me sentía muy entusiasmado. La literatura infantil como tal no la he leído nunca.



SOPHIE BRANDES, MULETAS, MADRID: ALFAGUARA, 1991.



Peter Härtling y Ana Garralón.

—¿Cómo surgen los temas sobre los que va a escribir?

—A veces surgen al estar ocupado en las novelas que escribo y que, más tarde, he modificado. Escribí una novela que se titula *Una mujer*, y ese tema para mí siguió estando vivo, tan real, que lo continué en un libro infantil. Para mí los temas no son temas para niños, sino que depende de cómo los trato. Ésta es la cuestión.

En cuanto al cómo, hay una diferencia esencial que convierte a la literatura infantil en cautivadora desde el punto de vista del lenguaje.

Los niños siempre experimentan comienzos, para ellos todo es nuevo, algo único. El primer encuentro sentimental, el primer amor, la primera primavera, ir por primera vez al agua,

Hay temas que son más difíciles cuando se escribe para niños, pero todos se pueden abordar

estar por primera vez en tren o ir en coche. Todo es nuevo, mientras nosotros podemos comparar: algo ha sido mejor o peor. Esto, para mí, tiene algo que ver con la creación del mundo. Y es muy serio.

—¿Hay algún tema sobre el que le gustaría escribir y no lo hace?

—Bueno, no. Hay temas que son más difíciles cuando se escribe para niños, pero no hay ninguno sobre el que no se pueda escribir. El odio, el amor, la muerte, la violencia... depende del cómo, porque los niños no pueden comparar.

—¿Lee literatura infantil? ¿Qué autores le interesan? ¿Hay alguno que no le guste?

—Sí, hay algunos que me gustan mucho. Empecé a conocerles relativamente tarde porque comencé a escribir para niños en el 69 y antes no me interesaba la literatura infantil. Más tarde conocí a algunos autores que me parecen buenos, y con los que mantengo amistad. Sobre todo, con Chris-

tine Nöstlinger, a quien estimo mucho; Klaus Kordon, que es muy bueno; y hay otros, como Hans Mans, que juega con el lenguaje y me gusta mucho...; hay un montón: Astrid Lindgrend... su hija ha traducido mis libros al sueco...

También hay muchos que no me gustan, pero prefiero no dar nombres. No me gustan los escritores de serie que, simplemente, como la gente de la moda, inventa una figura y la mantiene en veinte libros.

—¿Qué acontecimientos de su infancia le han influido en la literatura que hace para niños?

—Eso me lo preguntan mucho los niños. (Hace una larga pausa, como si recordar eso siempre fuera algo para lo que necesita un esfuerzo especial.) Bien, perdí a mis padres con 12 años y viví la guerra muy mal. Crecí con mi abuela y eso fue una gran experiencia. Hay un libro titulado *Muletas*, donde cuento mis experiencias infantiles después de la guerra.

—En ocasiones, en sus libros, hay un extraño que llega y cambia algunas cosas allí donde se instala. ¿Cree que la literatura infantil, mediante libros que dan esos ejemplos, puede ayudar a los niños a evitar determinados problemas, como la triste realidad del racismo en Europa?

—Yo no sé si los libros pueden influir tan profundamente en los colectivos. Individualmente, sí. Al menos ésa es mi esperanza. Como niños, no solamente son influenciados, sino que tienen una fantasía que todavía no tiene protección y por eso se puede hacer algo. Pero lo que influye no es que yo escriba sobre el racismo, sino sobre qué significa sentirse extraño. En *Ben quiere a Ana*, el hecho de que Ana sea extraña, por sí misma, me parece muy importante. Y esto entra en las cabezas de los niños. No se deben escribir *parolen*,¹ hay que narrar. Si yo escribiera *parolen* sería aburrido. Ana es un personaje sobre el que los niños reflexionan mucho: ¿por qué es extraña?, ¿porque viene de Polonia?



ANA GARRALÓN.

—En sus libros, el compromiso ante la sociedad es claro, ¿opina que la literatura tiene un fin social?

—La literatura puede ser de todo: fantástica, activista y, en cierta medida, puede ser realista.

Realismo para mí es, en el fondo, cómo se relacionan las personas: muchas veces mal, y narrar esto no tiene nada que ver con una crítica a la sociedad. Ante todo debe ser literatura.

—En alguna ocasión los críticos de literatura infantil y muchos adultos opinan que los niños leen demasiada literatura de compromiso y que se les escatima literatura de humor, fantasía y ludismo. ¿Qué opina sobre ello?

—Ésa es una opinión absolutamente errónea. El número de libros de compromiso para niños es, en comparación con la literatura de entretenimiento, de uno a diez. Esto no tiene ningún sentido señalarlo. Seguramente esta opinión tiene una base en el hecho de que se habla más y se trata más de la literatura infantil seria, pero ocurre igual en la literatura para adultos: la de entretenimiento, que es la que la mayoría lee, en las conversaciones no desempeña ningún

Yo no sé si los libros pueden influir tan profundamente en los colectivos. Individualmente, sí. Al menos, ésa es mi esperanza

papel, sino que simplemente es forraje.

Y ese forraje lo comen los niños con mucho entusiasmo (risas).

—De las primeras historias que escribe para niños —El día a día de los niños—, donde emplea la primera persona, pasa a un narrador en tercera persona. ¿Por qué este cambio, que sólo en *La abuela parece conservar*, con el monólogo que mantiene la protagonista?

—Esto es una consideración cierta.

Tiene algo que ver con la profesionalidad. Los niños leen identificándose con uno de los personajes. Es inmensamente importante que durante la narración se mantenga una perspectiva. Mirar desde arriba no les gusta a los niños. En *La abuela* hay dos perspectivas: la de Karli y la de la abuela. Esto no lo hago normalmente. Trato de ver el mundo desde la perspectiva de los niños: puedo describirlos como víctimas, cuando son traicionados por los adultos, olvidados, abandonados en el camino.

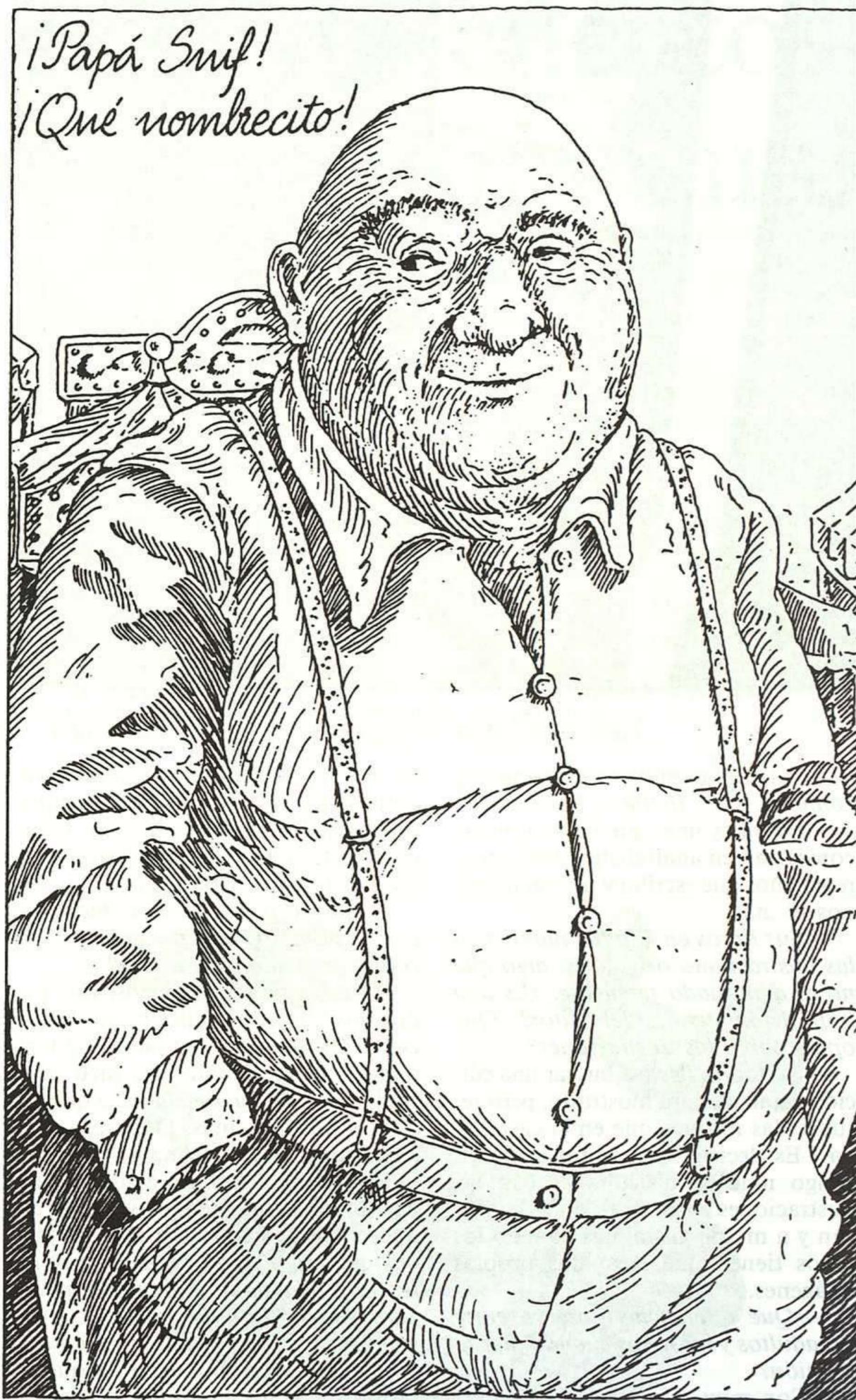
—¿Por qué ha introducido la voz de un adulto en *La abuela*?

—Había una razón especial. Cuando abordé *La abuela*, primero escribí todo desde la perspectiva de Karli y, cuando terminé, me di cuenta de que la visión de ese niño no permitía acercarse a la realidad de la mujer vieja, a todo lo que hacía. Tenía que poner algo del otro lado y me dije: bueno, vas a hacerlo a través de monólogos.

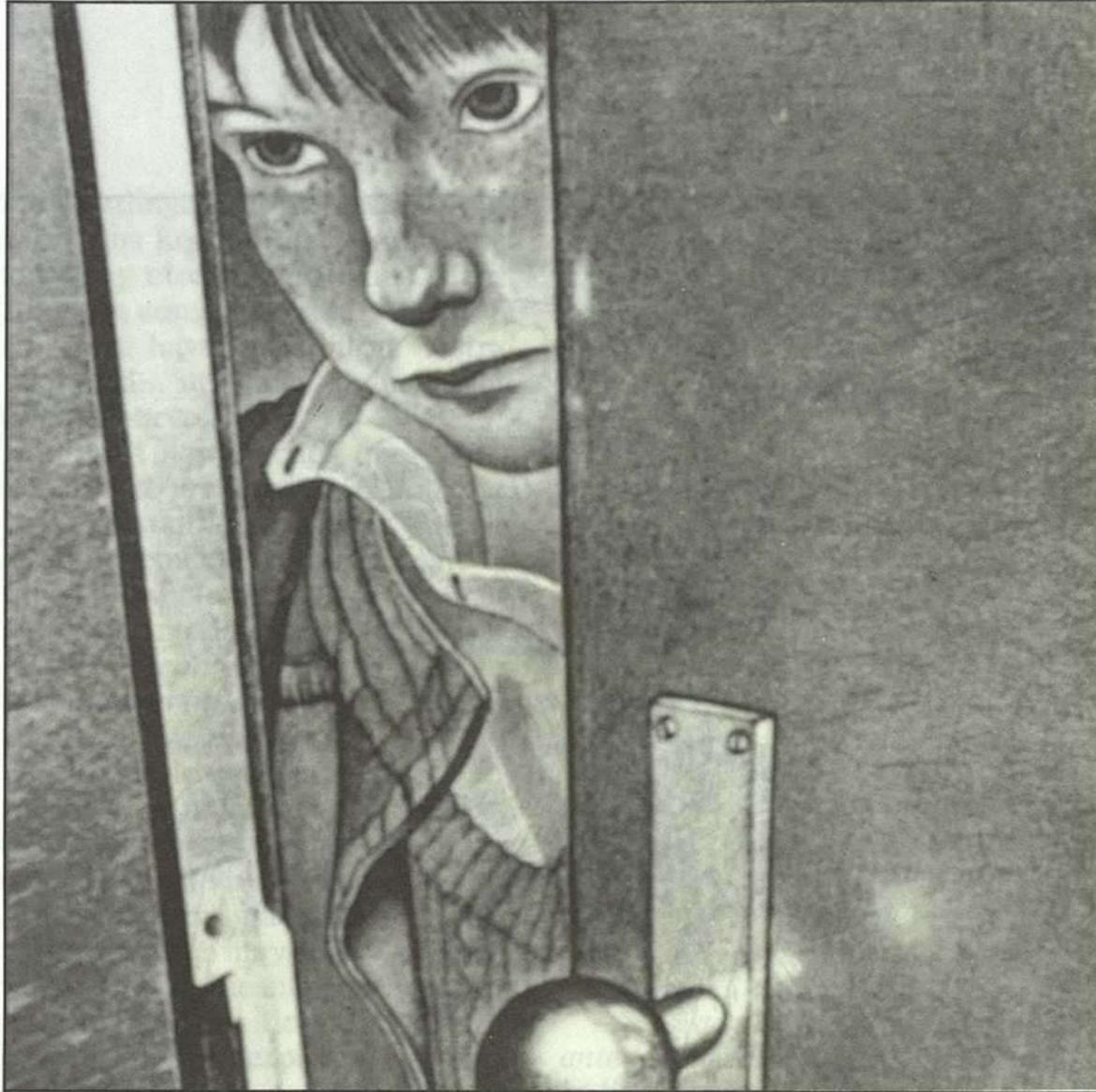
—Las cartas de sus lectores parecen ser algo importante para usted. ¿Por qué esa necesidad de conectar con los lectores?

Recibo montones de cartas. (Se levanta y va al despacho para mostrarnos un cajón lleno de papeles. «Éstas son las de las dos últimas semanas», dice sonriendo.) Significan mucho para mí. Y es muy distinto de las novelas para adultos. Los niños reaccionan porque todavía no tienen referencias y reaccionan muy rápido, heridos, más curiosos que los adultos. Y eso significa, cuando les respondo, que puedo complementar el cuento, hacer algo. Respecto a *Ben quiere a Ana*, muchas chicas turcas dicen que está mal que Ana y Ben naden desnudos y entonces les respondo: «Yo os comprendo, en vuestra cultura, tal y como vosotras vivís, eso no es posible pero sí en la mía. Y, además, me encanta» (risas).

Esa posibilidad de hablar de verdad sobre cultura sin que haya heridas, sin abstracciones, desde luego la aprovecho... (más risas).



WALTRAUT Y FRIEDEL SCHMIDT, THEO SE LARGA, MADRID: ALFAGUARA, 1985.



SABINE FRIEDRICHSON, JACOB DARRERA LA PORTA BLAVA, BARCELONA: LA MAGRANA, 1991.

—¿Cuál es su mayor preocupación, como escritor, frente al lector?

—Sólo hay una: que los lectores se conviertan en analfabetos. Hace cuarenta años que escribo y no son ni menos ni más.

—Sus libros en España mantienen las ilustraciones originales, algo que no es demasiado frecuente. ¿Es una imposición suya?, ¿del editor? ¿Qué opina sobre las ilustraciones?

—No todos. (Y va a buscar una edición catalana para mostrarlo, pero resultan las mismas que en la castellana.) Es decisión del editor español. Tengo muchas dificultades con las ilustraciones en general, porque marcan y a mí me gusta más cuando los niños tienen que crear sus propias imágenes.

—¿Qué diferencias observa entre los adultos y los niños cuando dan su opinión?

—Son muy diferentes. Los niños, cuando dan su opinión, son totalmen-

te inocentes siempre y cuando los adultos no les dirijan. Son siempre muy críticos y muestran su rabia cuando leen los finales abiertos, que escribo intencionadamente.

—¿En qué países no se traduce mucho su obra? ¿Qué experiencias tiene con el mercado anglosajón?

—En los países europeos, casi todos mis libros infantiles están traducidos. En América del Norte he tardado mucho tiempo. Se hizo una traducción de *La abuela* hace quince años y no hubo más. Después se ha redescubierto, lo que me ha sorprendido, y ahora se publicó *Muletas*, que ha obtenido un premio, y existe de nuevo un mercado para mis libros.

—¿Cómo se siente un escritor de literatura para adultos cuando escribe para niños? ¿Son dos roles?

—Después de escribir *El día a día de los niños* me di cuenta de que el problema de los temas era el mismo. Lo único que varía es el proceso. Nor-

malmente mi literatura, mi lenguaje, no es para niños y cuando escribo una novela puedo ser abstracto, pero para los niños tengo que precisar más el lenguaje, todo tiene que estar claro.

—¿Cuál es su opinión de la literatura en la escuela? En España la escuela es prácticamente el único sitio por donde entra la literatura infantil, y esto ha creado un marketing especial: ejercicios sobre el texto, visitas de los autores, ventas sin otro criterio que el del precio y, por lo tanto, maestros que no leen en muchas ocasiones y ofrecen textos de poca calidad a sus alumnos...

—Eso es muy similar aquí. (Aunque lo dice muy seguro, no creemos que realmente la situación sea similar.) Si los padres no leen literatura, ¿cómo van a leerla los niños? Sólo a través de la escuela. Pero afortunadamente también están las bibliotecas.

—¿Qué escribe ahora?

—(Se vuelve a levantar muy contento sin decirnos nada y trae del estudio una maqueta con su último libro. Nos lo muestra muy satisfecho.) *Lena auf dem Dach* (algo así como «Lena en el tejado»). «La historia de Lena y Lars que quieren ayudar a sus padres, ser padres y que descubren que sus padres también son personas», reza el subtítulo.

Es la historia de un divorcio en el que Lena y su pequeño hermano no pueden entender esto. Se preguntan qué pasa y no quieren ser influenciados.

(Y tomando un lápiz nos dibuja una gran margarita —«De vuelta», dice, agradeciendo las que le hemos llevado— y nos la dedica. Y ya, despidiéndonos casi, nos cuenta que le gustaría volver a escribir sobre la guerra; sólo lo hizo en *Muletas* y quiere que los niños tengan las mismas emociones que tuvo él, y que el sufrimiento de una guerra no sea ignorado por las jóvenes generaciones.) ■

Notas

1. *Parolen*, en alemán, son los lemas que la gente grita en las manifestaciones.